

CRISTOBAL COLON, NARRADOR: PERSUASION E INVENCION EN LA CARTA DEL TERCER VIAJE (1498)

Alberto Rodríguez Carucci
Universidad de Los Andes

Ante el llamado “Medio Milenio de Venezuela”, que se ha cumplido, y tras los empeños que se vienen haciendo por revisar la historiografía literaria de nuestro país, nos ha parecido necesario considerar el lugar que ocupa el relato del tercer viaje de Colón en el proceso constitutivo de la cultura nacional, especialmente cuando en otras regiones de Hispanoamérica se ha venido ampliando el estudio sistemático de las crónicas, que no desestima la importancia de este tipo discursivo en los procesos de representación y conformación de imaginarios.

En nuestro caso, lo primero que llama la atención es que ninguna de las historias de la literatura venezolana editadas hasta ahora considera la Carta del Tercer Viaje de Colón (1498),

ni siquiera como un antecedente empírico de la escritura colonial, mientras que los escasos estudios críticos que se han hecho a partir del texto apenas se limitan al recuento y a la glosa de sus contenidos, como en el caso de Arístides Rojas en sus *Orígenes venezolanos* (1891); *Esta tierra de gracia* (1955), de Isaac J. Pardo o el artículo «El Tercer viaje de Colón» (1992), de Marisa Vannini (1), y de otro modo el segmento de un ensayo de Alexis Márquez Rodríguez (2), que trata sobre la descripción y la narración en la carta del tercer viaje del famoso Almirante.

Además de este último, apenas hemos encontrado una declaración que sugiere la posibilidad de leer el texto como parte de la evolución literaria del país, y corresponde al ensayo «Actividad literaria en la época colonial» (1959), del historiador Julio Febres Cordero, quien se limita a afirmar que «la historia literaria nuestra empieza con el mismo descubrimiento colombino en las cartas del Almirante», a lo cual agrega que «La Tierra de Gracia, la Isla Santa, se esfuma entre las visiones místicas de Cristóbal Colón» (3).

Muy diferentes son las lecturas que sugieren algunas Historias de literatura hispanoamericana, como las de Luis Iñigo Madrigal (Tomo I, *Epoca Colonial*, 1982) y José Miguel Oviedo (Tomo I, *De los orígenes a la emancipación*, 1995), donde el texto del tercer viaje, como los demás textos de Colón, es visto críticamente como «parte de las letras de una cultura», aunque no se le califique estrictamente de «literatura artística» (4).

Otra cosa que llama la atención en el caso venezolano es la escasa difusión en nuestro país del relato del Tercer Viaje de Colón, cuya circulación comenzó a producirse apenas a finales del S. XIX, cuando Arístides Rojas lo incluyó en sus *Orígenes venezolanos* (1891), y en este siglo, en 1948, cuando el historiador Joaquín Gabaldón Márquez (5), lo incluyó en su *Muestrario de historiadores coloniales de Venezuela*, reconociendo tanto su importancia histórica como sus cualidades expresivas. Este

mismo autor la incorporó como primer texto en el volumen *Descubrimiento y conquista de Venezuela* (1962) y posteriormente H. Jorge Becco la integró en su antología de *Cronistas y primitivos historiadores de la Tierra Firme*, Vol. I (1988).

Por su parte, los estudios históricos sobre el Tercer Viaje —que relata la expedición de Colón por la región oriental del actual territorio venezolano— se han ocupado, aunque limitadamente, de la mera descripción náutica, referencial, sin ahondar en la complejidad de los documentos, que reclaman nuevas lecturas inter y transdisciplinarias, capaces de alentar el surgimiento de renovadas historias de la cultura, de la sociedad, del pensamiento y de la literatura durante el período colonial.

Una revisión rigurosa, ceñida al texto de la carta del Tercer Viaje, orientada hacia el análisis del sistema organizativo y de los códigos que constituyen el documento, puede permitir la develación de distintos aspectos que hasta ahora han pasado desapercibidos en nuestro medio cultural.

Uno de esos aspectos está en las peculiaridades del sujeto del relato, que ha sido tradicionalmente reducido a una lectura plana y homogeneizante, que lo identifica con la persona de Colón en un sentido meramente biográfico, sin deslindar los roles que define el Almirante en su discurso, cuyos niveles de elaboración no sólo responden a las exigencias de la retórica epistolar de la época, sino —principalmente— a una voluntad de manipulación que organiza un habilísimo discurso de poder.

El emisor, Cristóbal Colón, distribuye sus enunciados a partir de tres roles principales que, en última instancia, son desplegados como los méritos y atributos que le confieren autoridad como sujeto heroico, en el plano de la enunciación del texto epistolar:

1. El elegido de la Santa Trinidad, una figura que encarna una especie de ángel divino, que goza de amplio respeto y veneración en el ámbito religioso y en el imaginario de la cultura medieval, sirve para seducir a los dignatarios de la Iglesia, y a la propia corona, a quienes delimita como público privilegiado. Esta especie de sujeto divino sostiene sus alegatos sobre un fundamento de fe que, compartido hipotéticamente con sus destinatarios, será el soporte de la verdad.
2. El embajador real, que ha estado cumpliendo desde el primer viaje la hazaña de la expansión territorial y la búsqueda de tributos para la corona. Su fundamentación conceptual se apoya en el uso racional de las profecías y ejemplos bíblicos, y en las autoridades de la astronomía y de la filosofía más prestigiosas en las apreciaciones de la época, como Ptolomeo, Aristóteles, Séneca, San Agustín. El rol de embajador impone un saber, sobre el cual se erige como un sujeto político que esgrime el conocimiento y la razón como fundamento de la verdad.

Los dos roles mencionados, el elegido de Dios y el embajador real, configuran la dimensión de un sujeto nobiliario, «como los más altos príncipes de cristianos» —según el texto de Colón— cuyas funciones primordiales describe como «servir a Dios y acrecentar su señorío».

Príncipe y sujeto heroico, el Almirante se muestra capaz de acometer la difícil «empresa de Indias» —hazaña que se consideraba imposible— pero que constituye la primera acción de «príncipes de Castilla» que «ha ganado tierra fuera de ella», según las palabras textuales del documento de Colón. Una hazaña que determinará el rediseño del mapamundi y la reconsideración de la teología, de la geografía, de la antropología, e inclusive de la ecología, además de decidir el proceso histórico del naciente mundo moderno.

El personaje Colón, instalado en sus propios enunciados, construye así su propio relato y su propia imagen, a la vez que revela sus propósitos en el Tercer Viaje: expansión del territorio español, expansión ideológica (la fe, la religión, la sumisión), la expansión de la lengua (el castellano, la fijación de una toponimia, diseño de una nueva cartografía). En suma, la conformación de un mundo que le sugiere otro no conocido, que a escala continental, y después del documento del Tercer Viaje, empezará por la Península de Paria.

Colón, a través de sus diferentes roles, organiza y adelanta el primer proyecto del mundo moderno en expansión, sin prescindir de los elementos culturales del Medioevo, pero a la vez traza nuevas formas de conocer, de buscar fundamentaciones a sus hipótesis. Para ello configura en su documento un tercer rol, que legitima, además, su condición primigenia de marino.

3. El sujeto histórico. El navegante, sujeto protagónico de la experimentación y de la comprobación empírica de sus presupuestos náuticos. De este modo el Almirante de la gran aventura de ultramar se constituye en el explorador acucioso que no sólo recorre, sino que también describe, una nueva geografía. Descubre un continente antes desconocido para Europa y llega a la que bautiza como Tierra de Gracia, haciendo su primera descripción escrita, donde narra alucinado el contacto con las bocas del Orinoco y su complejo universo ecológico, su variada densidad de aguas, su fauna y su flora tropicales, sus habitantes originarios que viven —dice— en «unas tierras las más hermosas del mundo y muy pobladas».

Esta gente (...) son todos de muy linda estatura, altos de cuerpo e de muy lindos gestos, los cabellos muy largos e llanos, y traen las cabezas atadas con unos pañuelos labrados, como ya dije, hermosos, que parecen de lejos de seda y almaizares: otro traen ceñido más largo que se cobijan con él en lugar de pañetes, así hombres como mujeres. La color de esta gente es más

blanca que otra que haya visto en las Indias; todos traían al pescuezo y a los brazos algo a la guisa de estas tierra, y muchos traían piezas de oro bajo colgado al pescuezo.

Es su primera apreciación de los indios warao, su primera manifestación de interés por conocer a los aborígenes y sus costumbres, sus modos de sobrevivir en aquel espacio, donde el oro, las perlas y las especerías —más que los pobladores— le ganarán su atención.

Marineros, frailes, financistas, cosmógrafos y humanistas conocerán en Europa las informaciones que recoge el Almirante, promoviendo el hallazgo que alentaría la formación acelerada de un nuevo sistema económico planetario, con las secuelas profundas de sus cambios culturales.

La utopía moderna es nombrada en el texto colombino: Tierra de Gracia, Paraíso Terrenal:

“... allí en la Tierra de Gracia hallé temperancia suavísima, y las tierras y árboles muy verdes y tan hermosos como en abril en las huertas de Valencia...

Torno a mi propósito de la Tierra de Gracia y río y lago que allí fallé (...) y digo que si no procede del Paraíso Terrenal que viene este río de tierra infinita, pues el Austro, de la cual fasta agora no se ha habido noticia, más yo muy asentado tengo en el ánima que allí donde dije es el Paraíso Terrenal y descanso sobre razones y autoridades sobrescriptas”.

Más adelante dirá, dirigiéndose específicamente a los reyes: «Vuestras Altezas tienen acá otro mundo».

No sin razón, Juan María Alponete, en su biografía de Colón, lo caracterizó como «el último navegante medieval y el primer navegante renacentista, los dos en el mismo hombre» (6).

2.- Los rasgos de la mentalidad medieval se manifiestan en los textos colombinos a través de las frecuentes referencias a la Biblia y a la Santa Trinidad, que invocan principios de fe, mientras que la configuración de un espacio utópico a partir de la percepción de un escenario desconcertante— antes desconocido y ahora explorado—determinan su desplazamiento hacia las regularidades del discurso moderno.

Para ello será fundamental el proceso que describe el texto de la carta del Tercer Viaje: expansión de la lengua castellana, representación y denominación del territorio, invención y fundamentación del imaginario del Nuevo Mundo, a través de la competencia y las destrezas de un narrador capaz de desdoblarse en varios sujetos cuyas focalizaciones se complementan en su diversidad de contenidos y en un sólo espacio textual, suficiente para modelar una primera imagen de tierra firme y el perfil de un continente, cuya silueta será fuerte acicate para la constitución de un nuevo orden imperial / colonial, que determinará —con todas sus asimetrías y desproporciones— la evolución de la vida y de las culturas de América Latina.

Relevancia informativa, habilidades descriptivas y narrativas, capacidad de persuasión, fuerza imaginativa e impactos considerables en los procesos culturales de casi todo el mundo reivindican los textos colombinos, y en particular la Carta del Tercer Viaje, que da cuenta del descubrimiento de una parte significativa de lo que hoy es Venezuela, de cuyos múltiples registros textuales no tendría por qué ser excluido el documento.

El narrador que regula o controla el relato colombino está representado principalmente en la figura del supuesto elegido por la Santa Trinidad, sujeto de fe religiosa, cuya comunicación cobra el aspecto de un discurso mesiánico y de salvación, que sería espiritual para los indígenas, divina para la Iglesia y

económica para la corona, con tal impacto «que no hobo grande ni pequeño que no quisiese de ello carta» en la sociedad española, según apunta el texto.

Los lugares descubiertos son denominados con una toponimia que se ajusta a la cosmovisión religiosa del elegido: isla de Trinidad, Tierra de Gracia, Paraíso Terrenal, designaciones que justifica apelando a la Biblia, a los profetas, a los santos cristianos... «...y digo (se refiere a la desembocadura del Orinoco) que si no procede del Paraíso Terrenal que viene este río y procede de tierra infinita, pues el Austro, de la cual fasta agora no se ha habido noticia, mas yo muy asentado tengo en el ánima que allí adonde dije es el Paraíso Terrenal y descanso sobre razones y autoridades sobrescriptas.»

El Paraíso encontrado es descrito como un ámbito de paz y mansedumbre, poblado de seres amables, servidos por la abundancia de agua dulce, frutos, oro y perlas, en medio de un clima suave y provisto de «cosas preciosas», aunque flanqueado por las temibles Boca de Sierpes y Boca de Dragones.

Tiempo mítico y espacio utópico de salvación, narrados y descritos por un supuesto elegido de la Santísima Trinidad, configuran así la primera imagen de Venezuela, primera imagen de la tierra firme continental proyectada hacia la cultura hispana. El discurso de la fe opta por el imaginario del Génesis y se sobrepone a la percepción empírica del avezado navegante que se desdobra así en escritor del documento histórico inicial, «mezcla de ingenuidad bíblica y de espíritu poético», según lo calificó J. Gabaldón Márquez.

El mito del Paraíso de la eterna primavera y el del buen salvaje, son urdidos desde un imaginario cristiano de origen bíblico, como hemos dicho, al tiempo que son expuestos por primera vez —en aquel documento híbrido entre historia e imaginación— los criterios justificadores de lo que será después

la evangelización, sus matrices ideales que no realizaría Colón, pero sí los proyectaría hacia el futuro por los cauces de la cultura hispanoamericana.

NOTAS

1. Isaac J. Pardo. *Esta tierra de gracia*. 4a. ed., Caracas: Dimensiones, 1980; Marisa Vanini. «El tercer viaje de Colón». *RNC* (Caracas) (284): 75-88, en-mar 1992.
2. Alexis Márquez Rodríguez. En: *Historia y ficción en la novela venezolana*. Caracas: Monte Avila 1991, pp. 56-59.
3. Julio Febres Cordero. *Tres siglos de imprenta y cultura venezolanas*. Caracas: U.C.V., 1959, p. 21.
4. Luis Iñigo Madrigal (Coord.) *Historia de la literatura hispanoamericana*. T. I. *Epoca Colonial*. Madrid: Cátedra, 1982. (Ver: Walter Mignolo. «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista», pp. 59-64); José Miguel Oviedo. *Historia de la literatura hispanoamericana 1. De los orígenes a la Emancipación*. Madrid: Alianza, 1995, pp. 81-86.
5. Joaquín Gabaldón Márquez. *Muestrario de historiadores coloniales de Venezuela*. Caracas: Edics. Ministerio de Educación, 1948. (Col. Biblioteca Popular, 26).
6. Juan María Alponse. Cristóbal Colón. *Un ensayo histórico incómodo*. México: F.C.E., 1992. (Col. Popular, 470).